

* * *

Si se exceptúa su delicada corrección y el entusiasmo que trazuma de su lenguaje sin asperezas, podría tomársele por un miembro del club Porcellian, de Harvard. Es «Dos» en el más amplio sentido, pero tiene pocos amigos íntimos. Es famoso en las fiestas por sus escapatorias correctas, pero bruscas, porque deja siempre su sombrero por sí mismo en un lugar conveniente para no tener complicaciones cuando se marcha. Sensible a los dolores ajenos hasta experimentar angustia, a veces lanza una verdad que considera dura y trata en seguida de suavizar su efecto con adjetivos delicados. En la conversación, variadísima y sonriente, es un individuo muy distinto del que se encuentra en su mesa de escritor.

* * *

Despreocupado respecto del número de sus lectores, John Dos Passos piensa que «es preferible ejercer influencia verticalmente a lo largo de siglos que horizontalmente con una gran venta anual». No presta atención a los que dudan si escribe por dinero o para expresar sus ideas. Aislado entre los escritores americanos, este escritor privado ha tomado como asunto la totalidad de los Estados Unidos y ha intentado organizar su vida caótica y sometida a presión elevada en un patrón artístico comprensible. Para encontrar el equivalente de su nacionalismo es preciso penetrar en «La guerra y la paz», de Tolstoi, en la «Comedia humana» de Balzac y en el «Ulises» de James Joyce. —M. L.

TIEMPO AUSENTE, poesías por *J. Lagos Lisboa*. Editorial Nascimento. Santiago

Si Jerónimo Lagos no hubiera escrito más libros de versos que «Yo iba solo», su nombre habría perdurado, no obstante, muy honrosamente en nuestras letras.

Ahora, con «Tiempo ausente», el poeta se ha hecho presente de golpe a la espectación literaria. Este libro ya es cosa de superior regodeo: substancial alimento para paladares de «minorías» (démosle vuelta a nuestro sentir estético este consabido vocablo a don José Ortega y Gasset) hartos de ensaladas rusas y de endiablados modernismos culinarios. Todo el ímpetu de un espíritu sensitivo y unánime contenido durante largos años en sí mismo, brota aquí sorpresivo, «magnirisdicente», y alza y reparte sus colores y sus notas en un lírico chorro de sentimientos, de pensamientos y de toda suerte de bellezas. Veinte años de ausencia—veinte años de copioso recogimiento—y la fuente de la poesía suelta el agua de los siglos, fresca y ardiente, y depurada hasta la quintaesencia:

«Cantando vengo y cantando
por el cóncavo sendero;
de alerces y de abedules
traigo la intención y el gesto.
Tuve bodas con las rosas:
pétalos vuelan dispersos,
y se sonroja en el agua
la estirpe de mis abuelos.
Del vino de la alegría
calló la muerte el secreto;
pero bebí en las fontanas
y ardiendo me van luceros».

Aquí tenemos «la intención y el gesto» del poeta. La intención, que ahonda en la emoción su dura fibra de permanencia, y el gesto, el alto y airoso, que aligera la forma en elegancia:

¡Mancha de sol, fronda verde
agua con hondor de cielo,
fruta o rodilla apretada!

¿Dónde fué... que no me recuerdo?
Hiende mi lengua sabor
de sangre. Y bien, limonero,
¡cuaje en tu azahar mi dicha
o en tu agrio limón mi duelo!
Choquen mi vaso de barro
frágiles copas de ensueño,
y afínque al fondo la herida
que espero y que desespero.

Y aquí tenemos la suma equivalencia del poeta: Un alto y profundo romanticismo. Es un romanoismo, el de Lagos Lisboa, clásicamente sensual, por lo humano, por lo espontáneo y lo verdadero; más acendrado por la reflexión y el sentimiento. Arder de sangre, vibración de nervios, estremecimiento puro del corazón y de la imaginación bajo la finura transparente de la expresión. Tormentoso don de poeta y de hombre. De poeta y de hombre cuyo arte y cuya realidad están regidos por la brújula de una moral inmanente. Y cuando hay una moral inmanente e inteligente los pecados pierden su significación y adquiere, en cambio, realce el pecador. («A veces el pecador es más espiritual», dice Fernán Pérez Guzmán, en «Los claros varones de Castilla»). Pero esta es una digresión sin trascendencia en este libro de trascendental romanticismo. Porque Lagos Lisboa, con una moral estética dúctil e inamovible, ha pulsado su vida y su lira, precisamente bajo la sombra amorosa de ese viejo árbol del romanticismo, que los bárbaros de hoy quisieran derribar para hacerse flechas con sus ramas.

Toda la poesía de este libro está vivificada por la preciosa savia del sentimiento. Y ahí, en el sentimiento, está la trascendencia y la permanencia del poeta. Todo cambia ahora, dicen. Hasta la manera de hacer poesía. Pero nosotros entendemos que la verdadera poesía no tiene más que un lenguaje, eterno. E interno, agregaríamos: por eso algunos no lo entienden. ¿Qué

vale decir, por ejemplo, que la forma de estrofa es *inactual*, si la esencia de poesía que aspiramos en ella es actual y vacía su virtud en nuestros propios sentimientos?

«Me ahondan los destellos de una espina divina.
Pero como soy triste y mi túnica es gris,
el amor va pasando sin verme... Altiya y fina
su sombra cruza el claro de luna que hay en mí».

(«Yo he vivido otras vidas», pág. 13).

ve Hablamos del sentimiento que se hace realidad de expresión. Y que puede aún hacerse expresión de «realidad» objetiva, como en ese «Veranito de San Juan», tan fresco, tan evocador, tan movido, que es un pequeño drama eglógico-elegíaco completo. Y ese «Croquis lugareño»:

«La alegría ondula como una culebra
por todos los nervios del rapaz. Bautista
sonríe y le palpa, mientras que se quiebra
el sol en sus ojos sin vista.

Bautista

su risa en la risa del pequeño enhebra.
Cruza por su espíritu brusca llamarada
y pasa un asombro de pétalos rojos
nadando en su nada.

De pronto, en un raptó de alucinación.
se queda mirando la luz por los ojos
del hijo que estrecha sobre el corazón».

(Pág. 64).

Esto es, absolutamente, un bello símbolo objetivado del sentimiento. Ahora, en «Salida de Te Deum». Jerónimo Lagos logra, aunque de manera muy opuesta a la del poeta granadino, efectos de graciosa novedad tales a los de García Lorca:

«Al estallido violento,
 maniatados,
 cien caballos sin jinetes brincaban desatentados
 huyendo de la plaza. Y cien
 huasos de poncho chillón,
 corrían tras ellos como
 cien llamas en dispersión».

(Pág. 75).

Y como estas poesías, el romance titulado «Vino», de claro y vivo sabor, servido en vaso «de viejo abolengo»; y «Perquilenco», tan chileneramente castizo. Perquilenco, lugar de donde:

«Al anca de un alazán
 llegó con su padre un día;
carga de frutas pintonas
 así, a grupas, parecía».

(Pág. 81).

Pincelada gráfica precisa, como las que abundan en los romances citados y en los que siguen en el libro, y que son la sal del sabor en el buen romance.

Como son la sangre de la emoción esos golpes de lirismo ultra-sensual que más arriba anotábamos en el poeta:

«¡Idealidad latente que desnudas
 a mis viles reclamos la divina
 carne de tus magnolias!»

.....

«No me cuido de mí. ¡Yo siempre he sido
 niebla al azar movida
 para envolverte a ti! Pero tus piernas
 gráciles, la humedad de tus pupilas
 diáfanas, la inefable languidez
 de tus manos, hundiéndose en la sima!

(«Amada inextinguible», pág. 93).

Aquí, en un paréntesis, queremos hacer notar cómo y con que delicado arte y elementos tan distantes y disímiles relativamente, consigue el poeta un efecto tan uno y tan exacto: «Pero tus piernas gráciles, la humedad de tus pupilas diáfanas, la incéfable languidez de tus manos...»

Hasta en las poesías del más abstracto lirismo—como sus romances líricos, de los cuales, «Cantando vengo...», que citamos y recitamos, y el que nos parece lo más bello que hallamos leído en el género—advertimos siempre en Lagos Lisboa esos arranques nostálgicos y recónditos, casi místicos, de sensibilidad y sensualidad refinadas:

«Doncellas suben descalzas
las gradas de mi silencio:
las pupilas, polvo de astros;
las bocas, polvo terreno».

.....
«Lámpara de oro cegada...
¡Sábana blanca en mi lecho
sin boca fresca de luna,
ni marejada de sexo!

(Cantando vengo... pág. 123).

Esta nota tan delicada y tan sabiamente sensual, que a veces parece algo pagana, como lo parece a veces también la pura poesía de Francis James, es la tónica en la lira de Jerónimo Lagos. La concreción de la vida, del amor, de eso tan enorme y tan vago que es el alma del poeta. Pero el talento de este poeta ha sabido revestir sus desnudos sentimientos y momentos con un lenguaje que enaltece lo que otros poetas menos acondicionados suelen envilecer.

Junto a esta condición medular de Lagos Lisboa están sus múltiples cualidades modulares: claridad y profundidad; corrección y elegancia, y sinceridad. Sinceridad sobre todo. Pueda

que no tenga, por ejemplo, el giro imprevisto, ni el concepto descollante—que tanto sugestionan—de la Mistral; ni la sugerencia atávica e impulsiva de Neruda (hablamos de la Mistral en sus buenos tiempos y del Neruda de sus primeros tiempos); pero tiene la armonía y el equilibrio entre el pensamiento y la forma, que le dan proporciones arquitectónicas a este libro. A este libro—cuyo friso es esa tan aérea poesía final, «Carmina»—, en el que sólo podemos objetar algunos detalles de ornamentación que quizá no están dentro del buen gusto general de la obra toda. Como ser, esos sustantivos de «bierzo», «nepenta» y algún otro, que, siendo o muy castizos o de sugestiva significación retórica, nos parecen, por demasiado castizos o faltos de calor espontáneo, no encajan bien en el verso lleno de calor, del poeta. Pero eso, ¿qué es?

Mientras duren los tiempos, cada vez que se cite el nombre de los grandes poetas de nuestra América, se ha de citar —como decía Heine de sí—el nombre de Jerónimo Lagos, el autor de este «Tiempo ausente», tan dignamente editado por Nascimento y tan bellamente ilustrado por Bontá.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

CECILIA. Novela, por *Januario Espinoza*.—Editorial Zig-Zag, Santiago.

Bienvenida y bien merecida, esta tercera edición de «Cecilia». Y muy oportuna.

Nosotros, no conocíamos aún la linda novelita de Januario Espinoza; y muchos habrá que no la conocen, como no conocen «La hechizada», de Santiván, ni «El niño que enloqueció de amor», de Eduardo Barrios. Y son estas tres pequeñas novelas, a nuestra memoria y parecer, las tres más espontáneas y representativas obras de una misma época y de un mismo sabor romántico. Aunque de distintas tendencias. La de Barrios, estática, de una intensa acción subjetiva; la de Santiván, ob-